

Madrid Cómico

DIRECTOR: JOSÉ DE LA LOMA



Jacinto Benavente, Caricatura de LEAL DA CAMARA

SUMARIO

TEXTO

DE TODO UN POCO
por Luis Taboada.

EN LOS TELARES
por F. Limendoux.

ESTA ES LA FIJA
por Ramiro Merino.

MANOLO PASO
por Ramón Asensio Más.

ESQUELA
por V. Toscano Quesada.

BATURRILLO
por Fray Candil.

CARCELERA
por Quintiliano L. Bueno.

¡SAL... VADOS!
por R. Hernández Bermúdez.

TRANSFORMISMO
por Nicolás de Leyva.

LILIALERÍAS
por Tomás Carretero.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

EN EL AÑO 2000
fantasía novelesca, por E. Bellamy
(Continuación).

ANUNCIOS



GRABADOS

JACINTO BENAVENTE
caricatura de Leal da Camara.

MANUEL PASO
apunte, por Angel.

EL ÚLTIMO REPASO
cuatro viñetas, por Marin.

EL MAESTRO ERDMANNSDÖRFER
apunte del natural, por Marin.

EL HALLAZGO
historieta, por Méndez Alvarez.



Con ingenio soberano
y dulzura excepcional,
siempre amable y cortésano,
mete este mozo el puñal
hasta mojar la mano.

15 CÉNTIMOS



DE TODO UN POCO

Con motivo de las fiestas que se preparan para celebrar el fausto suceso de la boda regia, nótase cierta agitación gratisima en muchos domicilios madrileños.

Por de pronto, todas aquellas personas que tienen derecho al uso del uniforme, están muy contentas, pues podrán lucirlo en la recepción. Además, las familias bien relacionadas se

proponen asistir a todos los espectáculos gratis, merced a las consabidas papeletas que, con mano pródiga, reparte el municipio entre sus paniaguados.

No faltarán, seguramente, a ninguna de las fiestas gratuitas, las tan reputadas señoras de Chuponcillo, para las cuales no hay nada reservado en Madrid, porque tienen un padre... ¡Ay, qué padre!

—Papá,—le dicen las hijas—el 4 del mes que viene leerá versos en el Ateneo un joven de Albacete, que ha venido a poner varios dramas en escena con una recomendación del general Ochando. A ver cómo nos traes papeletas.

Y el papá se va corriendo a casa del presidente y le arranca la promesa de enviarle los consiguientes salvoconductos.

—Papá,—le han dicho ahora las niñas—queremos ir a Palacio, a ver la *trousseau* de la Princesa, y las habitaciones y todo lo referente a la boda.

—Bueno; ¿y a quién me dirijo?

—Allá tú.

—¡Naturalmente!—añade la mamá—Tú debes enterarte, pues para eso eres hombre.

El buen señor, que teme a su mujer y a sus hijas más que a un toro del Duque, ha andado por ahí averiguando quién podría facilitarle el medio de penetrar en la regia estancia, y por último, decidió presentarse en casa de Silvela con el pretexto de que quería ingresar en su partido.

Silvela estaba preparando un discurso para el día en que vuelva al poder, si es que vuelve, cuando fueron a decirle que el Sr. de Chuponcillo quería hablarle.

—¿Qué Chuponcillo será ese?—se preguntó don Paco—¡Hay tantos en el partido!... En fin, que pase el que sea.

—Señor D. Francisco,—exclamó el padre infeliz haciendo una reverencia—Vengo, ante todo, a ponerme incondicionalmente a las órdenes de usted. Nada soy, nada valgo; pero mi adhesión a su política es incondicional, tanto, que no tengo inconveniente en inscribirme como socio del Círculo.

—Muchas gracias.

—¡Ah! Y advierto a usted que mi odio a D. Francisco Romero Robledo está profundamente arraigado en mi corazón... Pues bien: tengo esposa y dos hijas, que son a su vez conservadoras, y tuvieron un gran disgusto cuando la silba en Barcelona al Sr. de Dato... Además, sólo por servir al partido, hemos adoptado en casa el meridiano de *Grenwisch*, ó como se llame.

—Perfectamente.

—Por todo lo cual me creo autorizado para pedir a usted un señaladísimo favor.

—Usted dirá.

—Mi esposa é hijas desean, siempre que esto no sea gravoso para los intereses del Estado, conocer personalmente todo lo que se relacione con el matrimonio de S. A. la Princesa de Asturias.

—¡Eh?

—Quiero decir que desean los oportunos billetes para entrar en la cámara, examinar los regalos, admirar los vestidos...

D. Francisco interrumpió al visitante diciendo:

—Eso, no.

—¿Que no es posible?

—Tengo entendido que va a ser expuesto en Palacio el *trousseau* de la Princesa, pero nada más.

—¿Con que es decir?...

—¡Que yo no puedo complacer a usted!

—¿No?—dijo Chuponcillo con aire de sorpresa—Pues entonces permítame usted que me retire, después de formular mi protesta, y de separarme *ipso facto* del partido.

—¿Cómo?

—Desde este momento dejo de pertenecer al mismo y me voy al campo liberal. De seguro que D. Práxedes, menos escrupuloso que usted en esta materia, me facilitará los medios de que mis niñas entren en Palacio. No está en el poder, pero me consta que sigue mereciendo la amistad y el aprecio de las personas augustas.

Y Chuponcillo, después de hacer una reverencia, se dirigió a casa del jefe del partido liberal.

Entró sin grandes dificultades; preguntó dónde estaba el comedor, se lo dijeron; D. Práxedes, que acababa de comer, estaba en aquel momento rascándose la barba con la mano derecha; en la izquierda tenía un pitillo.

El visitante le saludó afectuosamente; D. Práxedes contestó de igual manera, como si le quisiese mucho.

—¿Cómo está usted?—dijole Chuponcillo.

—Bien; ¿y usted?

—Bueno, gracias.

—¿Y en casa?—preguntó D. Práxedes.

—No hay novedad; es decir, a Mariquita la tengo hoy con la jaqueca,

—Vaya, vaya; pues lo siento.

—Tantas gracias... Yo venía a inscribirme como socio del Círculo Liberal. Procedo del campo conservador, pero he tenido un disgusto con Silvela. Debo hacer a usted presente que aborrezco a Gamazo y un si es no es a Maura.

—Hombre, ¿por qué?

—Porque los aborrezco; no me pida usted más explicaciones.

Dicho esto, Chuponcillo formuló su petición referente a la entrada de sus hijas y esposa en Palacio. D. Práxedes le oyó como quien oye llover y acabó por decirle:

—Si, hombre; todo lo que usted quiera... ¡Pues no faltaría más!...

¿Habían de quedarse sus niñas sin ver la cámara? Nada, nada; yo les facilitaré el medio... Váyase usted a ver a Pablo Cruz.

—Es usted la persona mejor del mundo.

—Gracias; es favor...

—Es justicia... Con que ¿dice usted?

—Que se vaya descuidado.

Cuando volvió a su casa Chuponcillo y dió cuenta a la familia del feliz resultado de sus gestiones, la esposa le abrazó entusiasmada:

—¿Dices que D. Práxedes te preguntó por mí?

—Con muchísimo cariño.

—¡Claro! Como que debe conocernos mucho.

—Es natural. Vosotras vais a todas partes.

—Ahora, lo que debes hacer es buscar a D. Pablo Cruz.

Chuponcillo lo buscó, efectivamente, y es de suponer que le haya prometido las ansiadas papeletas; pero, ya verán ustedes cómo no se las da.

Así y todo, apuesto cualquier cosa a que las Chuponcillo *se cuelan* en Palacio.

Y aun es posible que, si encuentran ocasión, se lleven cualquier objeto.

LUIS TABOADA

En los telares. (1)

—¡También resulta una guasa pasarse la noche entera subido en estas alturas entre telones y cuerdas manejando bambalinas y baterías eléctricas!

—Tienes razón; desde aquí dime tú a mí quien se entera por mucho que uno se esfuerce, de lo que pasa en escena.

No se ven más que sombreros, y pelucas, y una hilera de moños negros y rubios con flores y con peinetas, cuando las chicas del coro cantan en las candilejas.

—Yo, a la tiple, cuando sale con esas mallas de seda, por mucho que me he esforzado no la pude ver entera.

—Y menos mal, que en el sitio desde donde tú la observas, como sale descotada cuando canta, ¡algo se pescal

—Sí; pero desde lo alto no tienes roce con ellas, ni te puedes dar el gusto de contemplarlas de cerca.

—Pues de todas esas cosas

lo que a mí más me revienta es que en nuestras propias barbas, como si uno no los viera, detrás de los bastidores se pasen las horas muertas, y como no se oye el diálogo... la música es lo que llega.

—Sí, Robustiano; ya me he fijado en esa pareja.

—Pues si quieres y me ayudas le jugamos una buena.

—¿Cómo?

—Muy sencillamente:

cuando estén en la obra nueva y hagamos la mutación del segundo cuadro, le echas encima un *telón de sala* ó un *ron-pimiento* de selva, y como la dé un *palacio de Luis XV* en la cabeza, ó le caiga en las espaldas una *tempestad* deshecha, ¡lo que es ese señorito difícilto yo que vuelva! A ver si dándole a ese los demás caen en la cuenta de que hay gente por arriba que no ve... ¡pero se enteral

FÉLIX LIMENDOUX

Esta es la hija.

Yo cumplo mis deberes de cristiano —decía un infeliz entristecido— sin que un solo momento eche en olvido los mandatos de Dios, mas todo en vano; no consigo tener aunque me afano un modesto jornal para un cocido y en cambio a algún malvado empedernido le vendrán los millones a la mano. ¡Infeliz corazón!, llora tus penas y al mirar de la suerte los errores compara tu conducta a las ajenas y hallarás más motivo a tus dolores, porque si tus *acciones* fueron buenas las del Banco de España son mejores...

RAMIRO MERINO

(1) Por si acaso lo ignoran más de cuatro, se entiende en los telares... de un teatro.

Manolo Paso.

¡Ha muerto!

Y ha muerto en la flor de su juventud, á los treinta y siete años, en plena lucha, cuando más se podía esperar de su inteligencia luminosa, de su alma de artista.

La prensa le dedica artículos necrológicos más ó menos sentidos, más ó menos sinceros; algunos amigos (pocos, como siempre) mandaron á la casa mortuoria un par de coronas de plumas negras, de pensamientos ó de pasionarias; compañeros y admiradores, cómicos y danzantes formaron el cortejo fúnebre del poeta... y dentro de unos días nadie se acordará del pobre Paso, nadie más que los suyos... y Dicenta, el ilustre Dicenta, su colaborador, su amigo más leal y más sincero, que le quería entrañablemente, con inquietudes de padre, con solicitudes de hermano.

¡Pobre Paso! Era un bohemio incorregible, un soñador. Alma de artista, espíritu inquieto, nervioso, meridional, ingenuo á veces hasta la exageración y á veces excéptico hasta la crueldad, pero en el fondo siempre lo mismo: noble, bondadoso, sencillo, sin pizca de orgullo, ni de envidias, ni de rencores.

¡Desdichado país el nuestro! Parece que estamos bajo el peso de una maldición y que la Providencia se complace en irnos arrebatando poco á poco á los que valen, á los buenos, para dejarnos á merced de una taifa de impotentes intelectuales que suplen lo que les falta de ingenio con lo que les sobra de mala intención. En ciencias, en política, en literatura, en todo, degeneramos cada día más, y nunca tan verdad como ahora aquello de:

*Cualquiera tiempo pasado
fué mejor.*

¡Dicenta y Paso! Jamás colaboración alguna fué tan verdadera ni tan completa. Juntos estaban siempre, juntos iban á todas partes, juntos planeaban las obras y las dialogaban y las discutían.

Aún recuerdo los ensayos de *Curro Vargas*. Dicenta, más impresionable, más inquieto que Paso, se levantaba veinte veces de la silla para interrumpir á los actores, para aconsejarles cómo habían de decir cada verso, cada palabra. Y terminada una escena hacía que la repitieran una vez y otra hasta que quedaba á su gusto, porque hay que advertir que Dicenta es un gran director de escena.

Paso, en cambio, no se movía de su asiento. Timido, encogido, con la modestia característica en él, aprobaba con ligeros movimientos de cabeza cuanto Dicenta hacía. De vez en cuando metía la mano en uno de los bolsillos del gabán, de aquel gabán que en todo tiempo llevaba, con el cuello levantado, y sacaba un cigarrillo, que liaba tranquilamente y encendía á la media hora de haberlo sacado. Por su

tranquilidad, por su aparente indiferencia en los ensayos, nadie hubiera dicho que la obra que se ensayaba era de él. Parecía ajeno á cuanto le rodeaba, y sólo le vi conmoverse y entusiasmarse cuando Chapí, que dirigía la orquesta, nos dió á conocer el *terceto de los petimetres* del acto primero. Ante aquel derroche de frescura y de juventud, al escuchar aquellas notas alegres, juguetonas y elegantes, Paso se levantó electrizado para aplaudir con todas sus fuerzas al maestro.

Recuerdo también los ensayos de *La cortijera*, una obra que el público no supo ó no quiso apreciar en lo que valía. Estos ensayos me tocaron más de cerca, porque Miguel Chapí y yo, encariñados con la obra, empezamos á escribir la parodia antes de que aquella se estrenase, seguros de que *La cortijera* sería un éxito tan grande como el de *Curro Vargas*. ¡Con cuánto entusiasmo hicimos la parodia, y qué ufanos y qué orgullosos fuimos un día á casa de Dicenta, que nos había convidado á almorzar! De sobremesa leímos algunas escenas de nuestra obrita. Dicenta, jovial y expansivo, las celebraba con grandes risotadas. Paso se contentaba con sonreír y con decirnos de vez en cuando:

—¡Eso está bien!

Y á renglón seguido nos aconsejaba alguna modificación tan oportuna como graciosa.

Pero la fatalidad hizo que *La cortijera* fuese un éxito tan frío que hizo imposible toda parodia. No intentamos siquiera estrenarla, porque comprendimos desde el primer momento que íbamos derechos á un fracaso de los más ruidosos. Sin embargo, algo saqué yo de todo aquello. Y ese *algo* es un ejemplar autógráfico de *La cortijera*; mejor dicho, el borrador de la obra, que guardo y guardaré siempre como oro en paño.

¡Pobre Paso!

Todos sabíamos que viviría poco, porque le veíamos desde hace mucho tiempo decaer lentamente, arrastrarse mejor que andar, minado por la enfermedad espantosa que le ha llevado al sepulcro.

Pero aun estando convencidos de que aquella vida se apagaba por momentos, ¡es muy triste, muy doloroso verle morir á los treinta y siete años, en la flor de la juventud, en plena lucha, cuando más se podía esperar de su inteligencia luminosa, de su alma de artista!

Paso era de los *elegidos*, de los que valían indiscutiblemente, y lo había probado en el teatro, en el periódico, en el libro. Léanse sus *Nieblas*, y se comprenderá que aquel cuerpo raquítico y pequeño encerraba el alma de un artista muy grande, de un gran poeta lírico.

RAMÓN ASENSIO MÁS

Madrid 22 de Enero de 1901.



Esquela.

Apreciable sargento Retamosa:

El Chato de Jaén tuvo un paisano
que, aun muerto como está, desde su fosa
ilustra el nombre hispano;
pues fué tan gran poeta
y demostró tal odio á los ladrones,
que, viéndose en la meta
donde reluce el genio soberano,
con nobles intenciones
les disparó agudísima saeta
envuelta en humorísticos renglones.

¡Qué cosas no sabría
el famoso jaenés López García
cuando ideó, para salir del paso
«poner guardia civil en el Parnaso»!
Pues, bien; hoy, como ayer, digno sargento,
hay más de un literato vagabundo

que le roba á su padre el pensamiento
con la mayor tranquilidad del mundo.

Si un infeliz se amosca
y, sólo estimulado por el hambre,
aventúrase al robo de una rosca,
¿merece más castigo que ese enjambre
de apócrifos autores,
especie de sutiles timadores
que, siempre á caza del ajeno chiste,
ascienden por tan cómodo Calvario
á una gloria en que nadie los resiste,
á no ser el dragón del empresario?

En cuartillas ajenas
que al cesto echó, por malas,
algún estéril rateril *Mecenas*...
¡surjen, á lo mejor, las lindas galas
que dan carácter á las obras buenas!

En fin... cuando se trata de *prodigios*,
¿á qué entablar litigios?

Geniazos, que se sienten potestades,
hubieran de afirmar con voz de trueno,
que en esta, como en todas las edades,
dueños son de lo propio y de lo ajeno.
Por algo nos *ilustran* á diario
en libros, en periódicos y en todo
cuanto exige el progreso literario.

¡Quién ata gente así codo con codo!

¡Ah, mi señor sargento!
Yo por feliz me diera
—y lo declaro así como lo siento—
si su merced pudiera
servir su benemérito destino

en la culta región del pensamiento,
¡que es ya más peligrosa que un camino!

V. TOSCANO QUESADA

Baturrillo.

En mi anterior *Baturrillo* no escribí á la zoca colondro, sino á *topa tolondro*, que no es lo mismo. Tampoco escribí poetas iberos, sino *ebenes*. ¡Para qué darle el gusto á Valbuena de que mañana me diga: — «¡Con que á la zoca colondro, eh? ¡No está usted mal colondro, señor Zoca... lo!»

Ya ve Pompeyo Gener—grafómano científico—que la corrección del estilo no debe dejarse, como él opina, al corrector de pruebas. Bueno es no ser *gramaticalista*, como él dice; pero hay que escribir de modo que se nos entienda, y, sobre todo, no decir disparates, y D. Pompeyo los riega á po.rillo.

«No abre la boca el marqués...»

Confieso no haber leído obra más desatinada y presuntuosa que las *Literaturas malsanas*, como las aguas corrompidas, de D. Pompeyo. No hay en ella un párrafo medianamente construido; un solo nombre extranjero escrito como se debe. Y cuenta que el libro de D. Pompeyo es un remedo cursi de la *Degeneración*, de Nordau, obra dogmática, tal vez demasiado afirmativa, pero que revela mucha lectura y gran sentido crítico.

novela realista, siendo así que todo en ella es caricaturesco, afectado é hiperbólico.

La novela francesa del día, que D. Pompeyo juzga falsa, á mi juicio es la más verdadera de todas: copia la realidad ambiente con una exactitud maravillosa; basta vivir en París para convencerse de que los novelistas franceses son grandes artistas, profundos observadores de las costumbres y admirables psicólogos.

Cuanto dice contra Zola, á quien colma de injurias, es sencillamente imbécil. *Yo he visto* casi todo lo que ha escrito Zola: sus campesinos, sus mineros, sus borrachos, sus ramerás... y lo he hallado de una exactitud sorprendente.

¿Con qué derecho, Gener, se atreve á censurar á un escritor porque, respondiendo á su organización mental, á su imaginación, escoge para sus libros determinados temas? La vida tiene poco ó nada de ideal y risueña, y los que sostienen lo contrario, son unos mentirosos ó unos soñadores. Hay que ir al fondo de las cosas, y el fondo de las cosas encierra siempre una tristeza irremediable. ¿Qué nos prueba esa ciencia que D. Pompeyo preconiza? Que todo es vanidad y miseria; que los mismos fenómenos son apariencias engañosas. La única verdad indiscutible es el dolor y la muerte; lo demás es espejismo, ilusión, teorías más ó menos admisibles, más ó menos brillantes.

He dicho.

FRAY CANDIL

EL ÚLTIMO REPASO, POR MARÍN



D. Pompeyo escribe á *topa tolondro*, en el más delicioso galimatías galo-catalán que darse puede. En sus *Literaturas malsanas* los cursos científicos abundan que dan grima. D. Pompeyo habla á humo de pajas de los autores que cita. Sostiene tan fresco que Schopenhauer y Taine no son pesimistas, que los Goncourt no han escrito obras históricas (¡y *Madame de Pompadour*, y *La du Barry* y la *Histoire de Marie-Antoinette*?), que las *Notas sobre París*, de Taine, es una novela y otras cosas al simil.

Abro el libro al azar y leo: «Hurtado de Mendoza, Cervantes, Quevedo, Lesage, Goethe, Balzac, Elist, y aun el mismo Flaubert, todos partieron de la observación...»

¡Aun el mismo Flaubert! No parece sino que Flaubert escribió *generalmente falso*, observaba de cuando en cuando, siendo así que *Madame Bovary*, la mejor novela contemporánea, fué *vivida*; casi todos los personajes que en ella intervienen, vivieron; Flaubert les conoció.

Lea D. Pompeyo el número 6, de Noviembre de 1900, de *La Chronique Médicale*, y en ese número hallará un artículo, *La clef de Madame Bovary*, en que se cuenta el génesis de la famosa novela. *Madame Bovary* existió; Homais, el célebre boticario, á quien se parece D. Pompeyo en ciertos rasgos, también existió. Apuesto doble contra sencillo que Gener no ha leído la eminente novela, como tampoco ha leído á Quevedo, de cuyo *Gran Tacaño* dice que es una

Carcelera.

«Yo no sé explicarme
cómo pasó aqueyo;
sólo sé que sentí una punsáa
en lo jondo er pecho,
que toa la sangre
se me jué ar serebro,
y que er gañote se me jiso un fluo
mu fuerte, mu resio.

Sentí que la rabia
me arañaba drento,
y miraba sin ve y tenfa
los ojos abierto.
Es que mis oídos
insulto oyeron,
á mi maresita, tan probe y tan santa,
que ya está en er sielo.

Me juí hasia er infame,
me agarré á su cueyo,

y m's manos, más vivas que un rayo
la muerte le dieron.
Vino la justisia,
me yevaron preso,
y en un calaboso me paso yorando
los días entero...

Pero estoy tranquilo
y hasta estoy contento;
maté aque que á mi mare fartóla
y en prisión me veo.
De la dura reja,
po entre los jierro,
suspiriyos y penas ardiente
la dirijo ar sielo,
y la canto coplas,
pues tengo por sierto
que el canto de un hijo lo joye una mare
manque s'haiga muerto.»

QUINTILIANO L. BUENO

¡Sal... vados!

Desde hace más de quince días no dejo de leer en los periódicos ingleses y norteamericanos títulos tan sugestivos como estos: *The salt cure*, *Superior to Brown-Sequard*, *Salt cure experiments*, *Marvels of salt cure*, y otros por el estilo.

La prensa francesa y alemana dedica también columnas enteras al gran descubrimiento de los doctores yankees; según los cuales, la sal es el elixir de larga vida con que soñaba la humanidad desde que el mundo existe.

La sal en inyecciones ó en sellitos, vigoriza el organismo, contiene las hemorragias, tonifica el estómago, mata el cólera ó la cólera, destruye la erisipela, arranca de raíz los callos y los ojos de gallo, aclara la vista, envenena á los microbios de todas las enfermedades y realiza otra porción de beneficios que no es posible detallar.

Las primeras noticias que los médicos yankees tuvieron de las propiedades salutíferas de la sal, se las facilitó un apreciable congrio que contaba más de cien años de vida.

Transcribo este detalle, porque ahora poseemos la manía de los centenarios, y cuanto se refiera á tales extremos debe consignarlo todo fiel cristiano ó todo fiel cronista.

Los doctores mostrábanse absortos. Aquel pez parecía un diputado á Cortes ó un orador de *meetings*.

Cuando hubo concluído la primera parte de su discurso, ó sean los apóstrofes que las reglas más elementales de la elocuencia prescriben, uno de los doctores le atajó diciendo:

—Pero, ¿por qué te consideras desgraciado al trocarte en hombre?...

—¡Nos llamáis imbéciles á los congrios, y vosotros sois más estúpidos que ellos... digo... que nosotros! ¿No comprendéis que somos inmortales y los hombres no?

—¿Y cuál es el origen de esa inmortalidad?

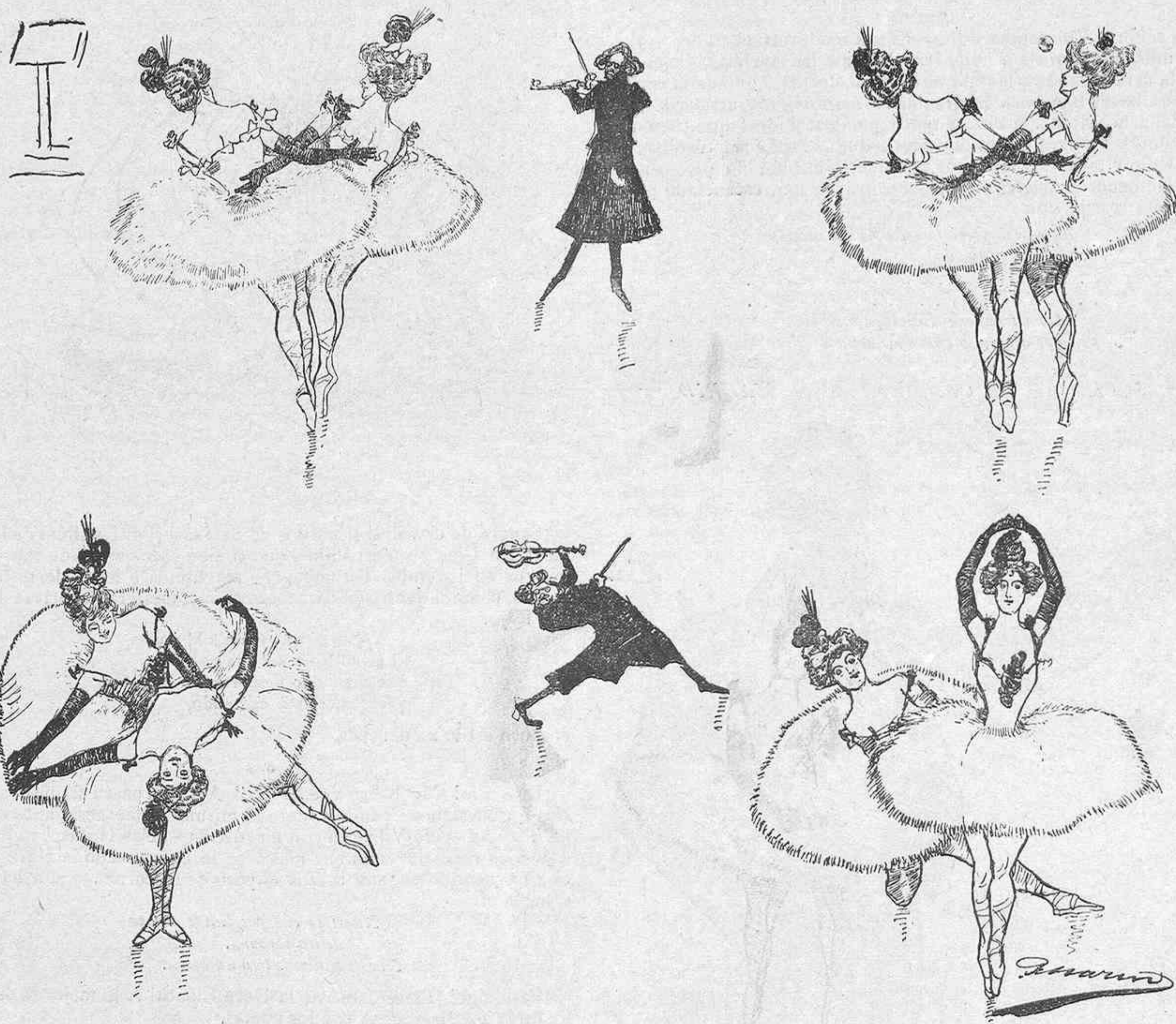
—Si discurriérais, acaso daríais con él:

—¡No atino!

—Dirás ¡no atuno!... La causa que nos hace inmortales es el elemento en que vivimos...: El agua y la sal... Por la sal, no se pudre el agua; por la sal se conservan las carnes; por la sal, los peces se mantienen frescos. ¿No decís de un hombre con escamas y al cual nada hace mella, que es un fresco?

—Pues no os quepa duda que ese individuo tiene sal, ha estado en un Saladero ó se halla en sazón para ser un vivo...

Al escuchar razonamientos tan contundentes, pensaron en el partido que de ellos podrían sacar, pues ya se sabe que los yankees son muy aprovechados.



El congrio de mi historia fué sometido por los doctores de Chicago—que son los más sabios del mundo, como buenos americanos,— á una operación delicadísima, y por virtud de ella, metamorfoseado en hombre algo tonto, pero muy buena persona.

El infeliz pescado, en cuanto se sintió reducido á la miserable condición de hombre un poco estúpido, empezó á proferir gritos de dolor.

—¿Qué sientes?—le dijo el médico empleando la muletilla de rigor.

—¡Que me has reventado!—replicó el congrio con frase castizamente yankee.

—¿Por qué?

—Porque como congrio os despreciaba, mientras que ahora como hombre tengo que admirar á los congrios... ¿No sabéis ¡infames! que el congrio, el atún, el percebe y el besugo no mueren nunca, que son eternos, como el tiempo, y su vida inmensa, como el espacio?

¿No sabéis ¡miserables! que desde que Dios hizo el mundo y las partículas acuosas que flotaban en el espacio se condensaron formando mares y rios existe la dilatadísima familia de besugos, percebes, atunes y congrios que constituyen la mejor gala y el superior ornamento de la creación?

Al proferir estas palabras el ilustre congrio, fué exaltándose por grados y centígrados, hasta elevarse á las serenas regiones en que navegan los más conspicuos oradores de España y América.

Y sin perder un instante, apoderáronse de dos vejstorios, que estaban para morirse al día siguiente á la caída de la tarde, y les aplicaron sal en inyecciones.

Los pobres ancianos creyeron al principio que se les helaba la sangre en las venas, y á los diez minutos ya se sintieron como el pez en el agua... Andaban muy bien, comían admirablemente y dormían con tranquilidad... Sólo se les notaban los ojos turbios y el habla desmayada, entoncida... algo así como si estuviesen atacados de congrez.

Pero ¡qué importa que los que antes eran truchas sean en lo sucesivo y por luengos años congrios y percebes! La cuestión es vivir, por aquello de *dame ban y llámame tonto*.

R. HERNÁNDEZ BERMÚDEZ

Transformismo.

I

—Sólo es fuerza y materia lo que vive:

¿Lo crees?—¿Por qué no?

—La materia y la fuerza son eternas:

¿Estás conforme?—Estoy.

—¿Quieres ser inmortal?
— Mi afán es ese.
— Unamos, pues, los dos
fuerza y materia, y surgirá la vida,
que es lo eterno en acción.

II

Aún no ha pasado un año. Era una tarde bochornosa de estío; ardiente el sol, enviaba sus rayos á las plantas, haciendo fruto de lo que era flor. Ella se muere, y dice agonizando:
«¡Qué pronto mi hermosura se agostó! Las fuerzas me abandonan... ¡Me engañaste! ¡Todo muere, y eterno sólo es Dios!...»
Mirando á un niño, que en la cuna ríe, él dice, ensimismado, á media voz:
«¡La fuerza está latente, la materia sufre transformación!»

NICOLÁS DE LEYVA

Liliãlerías.

Los señores Villaespesa y Jiménez son modernistas. La musa modernista es *Amphora* de todas las lágrimas liliales... Es la carcajada sangrienta... sarcástica... del árbol que da la *materia* útil para hacer taponés... Los hombres *insensibleres* arrancan la túnica del árbol Rojo... la túnica tejida por los amores que tienen su tálamo en las proximidades del alcornoque... Arrancan túrdigas del árbol Rojo y tapan los vidriosos recipientes del líquido que más tarde ha de beber el poeta en forma de inspiración, escanciado por la *estrella* en la copa que

En marfil y oro la esculpió un atleta...
para el fin indicado.

.....
¡Alma soñadora, embriágate en ella
de rojos delirios y ensueños azules!

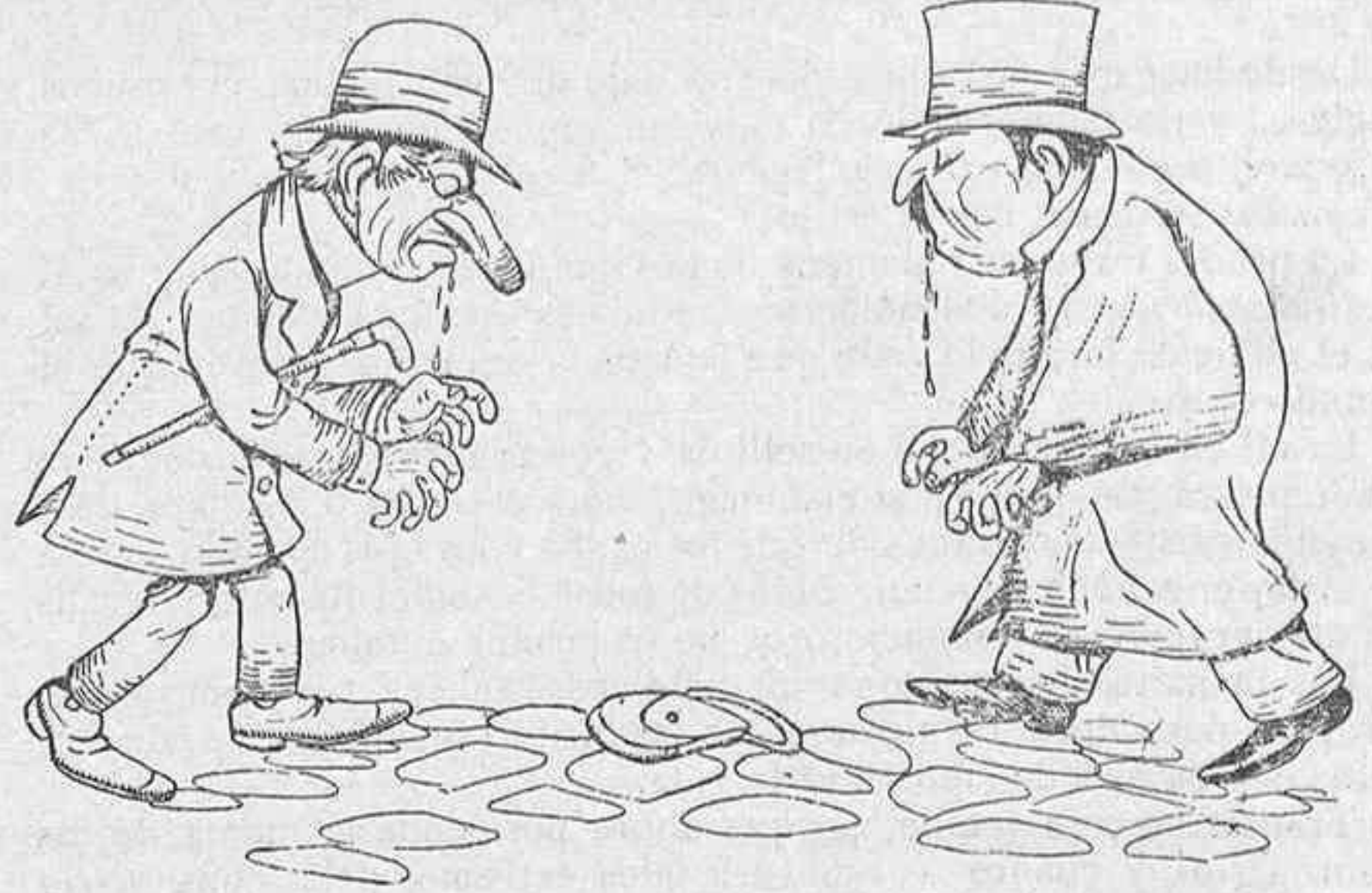
← SOCIEDAD DE CONCIERTOS DE MADRID →



EL MAESTRO ERDMANNSDÖRFER

(Apunte del natural, por MARÍN.)

EL HALLAZGO por MÉNDEZ ALVAREZ



¡Sangre de claveles! ¡Cuernos de Satanás! ¡Por las almas de los rubies! En Dios y en mi ánima, que si sigo escribiendo de esta guisa, me vuelvo Tarumba. Tarumba, con mayúscula, á lo modernista. Tarumba, como si dentro de la cabeza se me metiera la corteza del árbol Rojo.

Yo no sé qué tiene ¡oh! musas
el árbol Rojo del campo,
que cuando lo descortezan
parece que está cantando,

en puro estilo modernista.

¡Dios mío! ¿Me habré vuelto loco? Ante mí pasan fantásticas teorías—procesiones—como si fuera el mismo Villaespesa, ante el cual las Teorías—para Villaespesa con mayúscula—delas Horas, han desfilado varias veces... y aún hay más... se le ha acercado la Hora Blanca... ha sentido en sus brazos el peso de su carne... y aún hay más y habla él:

Nuestros cuerpos funde el lazo
de un abrazo...
Nuestras almas liga un beso...

¿Pasó algo? ¡Fíese usted de la Hora Blanca! A lo mejor se escabulle de la Teoría y se va con los poetas.
Pero no se malicien ustedes demasiado. La familia de la Hora Blanca vela por ella...

Fué un instante.

Menos mal. No habrá sucesión. La familia de la Hora Blanca llegó á tiempo.

Fué un instante. Nuevamente se acercaron las simbólicas teorías
y á su hermana fugitiva, silenciosas, arrastraron en su rápida carrera.

Esto es: no la permitieron dar la hora, ni mucho menos el repique.

El Sr. Sánchez Rodríguez también anda en la procesión modernista. ¡No faltaba más! No hay *theoria* sin tarasca, ni procesión sin Sánchez, ni sin Rodríguez.

Este buen señor, ha escrito un libro apurando el alma de Andalucía, y después de un *prologal* de Villaespesa, ha puesto, para remate de su obra, un *epilodal* de Jiménez.

El Sr. Sánchez Rodríguez se ha despachado á su gusto: á Andalucía la pone negra.

Andalucía—según el modernismo—es triste; más triste que la fosa común...

Villaespesa escribe el *prologal* pidiendo treguas al dolor.

Oh, dolor azul; ¡qué mal tratas á Villaespesa! ¡No sabes lo que haces! ¡Las musas del Iris, y sus derivadas, te maldicen!
 Toda la *Gamma* de colores te dice: «No me eres grato.» ¡Te trocarás en negro!
 ¡La luz te negará su apoyo!..

* * *

Jiménez escribe, sin dar treguas á nadie, en la contratapa correspondiente del libro, un epílogo autorizado como suyo, y, como suyo, en versos... epilogantes.
 Según el Sr. Jiménez,

... Aún flota en la azul brisa la doliente poesía.

La poesía doliente... la humanidad doliente... que... ni las musas se libran de Jiménez... ni del reuma la humanidad.

... Atrás queda llorando la triste Andalucía,
 cual visión sollozante de angustiosa Harmonía...
 No es la visión de Oro, que alegra y que deslumbra...;
 es la visión de Plata, que vagamente alumbra
 el Corazón, como melancolía de ocaso,
 donde Sol agoniza...

¡Pobre Sol!
 ¡No sabía yo que las manchas que padecía eran tan graves!
 ¡Pobre de él que le tienen agonizante!
 Mas ¡oh placer! Todo esto

es un sueño... Desfile de blancos atahudes
 donde sonríen muertas las blancas Juventudes...

* * *

¡Jóvenes amables que imitáis á Rubén Darío! sabed, que una cosa es ser extravagante, como él y como él ser poeta, y otra ser extravagante á secas, sin ser poeta ni Cristo que lo fundó.
 ¡Séanle los liliales leves!..

TOMÁS CARRETERO.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

A. G. E. — *Gijón*. — Le han engañado sus amigos. ¿Por qué ha caído usted en la tentación de escribir versos, habiéndose conservado puro hasta ahora? Los que nos remite tienen un asunto muy fúnebre y la forma, que ha usted le parecé oriental, la usan casi todos los autores de zarzuelas para los cantables.

Es MÉRITO INDUSTRIAL abaratar géneros superiores. Esto explica la fama universal é inmenso consumo del Agua de Colonia de Orive.

INCÓGNITO. — *Zaragoza*. — ¡Allá val!

«Con rípios como univalvo
 querer imitar á Heine,
 es lo mismo que si un calvo
 se encuentra en la calle un peine».

¡No está usted mal peinel
 SAN SEBASTIÁN MÁRTIR. — *Madrid*. — Me quedo con el soneto.. pero no pienso publicarle nunca.

EL HIJO DE ANQUISES. — *Motril*. — Venga la firma.

RUZIO Y RAZIO. — No puede ser. Ustedes lo comprenderán en cuanto mediten un poco.

CARCA-MAL. — *Albacete*. — «Catorce versos dicen que es soneto...»

Y el de usted tiene dieciséis. Es mucho estrambote.

H. P. — *Madrid*. — ¡Oh joven! á la legua se conoce que no ha leído usted *Pétalos, pistilos y estambres* del eximio Bargañón. Cuando lo lea hablaremos.
 KALENDARIO. — *Ronda*. — Vaya uno de los cantares:

En el cementerio entré
 y entre dos tumbas heladas
 melancólico me senté.

Bueno. ¿Y qué?

CHIRIVITAS. — *Guadalajara*. — ¡Pero hombre, cuantos versos quiere usted que tenga una décima...? ¡Ah! Es usted el único de Guadalajara que habla mal de Romanones. ¡Ya se ve que es usted amigo de Aguilar de Campóol
 R. S. — *Avilés*. — No se dice *Epilogo*. Eso es muy cursi y puede incomodarse Silvela. Se dice *Epílogo*. Por lo menos así se decía en el siglo pasado.

DESPUÉS DE UNA MARCHA forzada, de un dó de pecho, de un largo discurso, nada descansa las fauces, nada refresca la boca, como el *Licor del Polo*. Por esto los ciclistas, cantantes y oradores son tan entusiastas del dentífrico nacional, por ser el más higiénico de los dentífricos.

F. M. V. — *Madrid*. — Tengo costumbre de romper las composiciones no admitidas, una vez contestadas en esta sección. No recuerdo la de usted. Vuelva á enviárla corregida y veremos.

EL DE CALASPARRA. — Usted no ha debido nacer en Calasparra sino en Coria. Debe usted ser hermano de aquel célebre tonto.

V. B. — *Madrid*. — No están mal hechas las quintillas, pero ese asunto se ha desarrollado ya, algunas veces superiormente, en todas las medidas métricas conocidas. Incluso en el kilómetro.

LLENLO. — *Valencia*. — Aprovecharé el epigrama.

ROBINSÓN. — *Palencia*. — Es usted más tonto que el asa de un cubo.

LETO-LUISÉ. — *Svillla*. — ¡Conque ahora resulta que el cantar que publicábamos en el número anterior no era suyo? ¿Conoce usted á fondo el Código penal? ¡Sí!... Pues ya sabe usted cómo se llama eso.

DON PELAYO. — *Madrid*. — Ya que usted se empeña, «daremos á la estampa» parte del soneto:

Me hiere tu desprecio en lo profundo
 y caeré en la lucha homicida
 que á poco precio taso yo la vida
 cual gusano que son fétido é inmundo
 y al hacerlo así, Luisa, me fundo
 en la ilusión que juzgo ya perdida
 pues sale sangre de la abierta herida
 y caeré en el hoyo seco y profundo.

Vamos usted, gusano fétido, quería que le enterrasen en un hoyo con agua. Lo comprendo; pretendía usted lavar la fetidez.

ACHE. — *Valencia*. — Los guasones sin gracia—usted es uno de ellos — deberían dedicarse á la dulce agricultura, sustituyendo algunas veces á los desgraciados representantes de la raza bovina.

E. S. — *Madrid*. — No entiendo esa décima. Y creo que le pasaría lo mismo á todo el mundo.

ZAMBA. — ¡Lástima que el final no tenga *miga*! Las dos primeras cuartetas están muy bien hechas, pero que muy bien.

A. O. — Se publicará su *Carta abierta*.

TOLIN DEL PITE. — Largo y sin gracia. *Item* más la forma descuidadilla.

E. V. N. — Voy á publicar uno de los cantares, el mejor, naturalmente;

Aunque estás lejos de mí
 no puedo olvidarte nunca
 por que en mis oídos retumba
 aquel beso que te di

F. G. — *Madrid*. — No le dé á usted el naípe por los cantares populares. Créame usted á mí.

RAMONÉ. — *Ciro* y R. S. O. — No sirve, señores, nada de lo que me han enviado.

En el año 2000.

[4]

(FANTASIA NOVELESCA POR E. BELLAMY)

Con esta promesa, bebí. Él continuó:

—No es una cosa tan sencilla como parece que creéis, explicaros cómo habéis venido á aquí. Más tengo yo que saber de vos sobre este punto, que vos de mí. Acabáis de despertaros de un largo sueño, ó más bien de un letargo. Esto es todo lo que puedo deciros. ¿Decís que os dormisteis en vuestra propia casa? ¿Me atreveré á preguntaros cuándo pasó eso?

—¿Cuándo?... ¿Cuándo?... Pues, anoche, ¡caramba! á cosa de las diez. ¿Qué ha sido de mi criado? Le había ordenado que me despertase á las nueve de la mañana.

—No sabré informaros sobre eso—respondió mi huésped con una singular expresión;—pero ciertamente tiene excusa que no aparezca. Y ahora, ¿podéis decirme con alguna más precisión cuándo os dormisteis, quiero decir, la fecha?

—Pues anoche, ¿no os lo he dicho ya? A menos que haya estado durmiendo todo un día.. ¡Gran Dios! Esto no es posible, y sin embargo, tengo la sensación de haber echado un gran sueño. Me dormí el *Día de decoración*.

—¿El Día de decoración?

—Sí, el lunes, el 30.

—Dispensad. ¿El 30 de qué mes?

—¡Pues de este mes, caramba! Porque supongo que no habré dormido hasta el mes de Junio.

—Estamos en Septiembre.

—¿Septiembre! ¡No iréis á decirme que he dormido desde el mes de Mayo hasta Septiembre!

—Vamos á ver. ¿Decís que os dormisteis el 30 de Mayo?

—Sí.

—Falta que me digáis de qué año.

Lo miré pasmado, é incapaz, durante algunos instantes, de proferir palabra.

—¿De qué año? —repetí á media voz.

—Sí, ¿de qué año? Después de esto podré calcular cuánto tiempo habéis dormido.

—Del año 1887—respondí.

Mi huésped insistió para hacerme beber otro trago de líquido, y después me tomó el pulso.

—Querido señor mío—dijo,—vuestro aspecto es el de un hombre instruido, lo que no era en vuestro tiempo tan ordinario como en el nuestro. Habréis, pues, sin duda notado ya que ningún acontecimiento en este mundo es, después de todo, más maravilloso que otro. Los efectos son adecuados á las causas, y las leyes naturales obran siempre, y en todas partes, según una lógica inflexible. Espero que os sobrecogerá un poco lo que voy á deciros, pero tengo la convicción de que no dejaréis que se turbe la serenidad de vuestro espíritu. Tenéis el aspecto de un hombre de treinta años apenas, y no estáis en condiciones corporales diferentes de aquellas en que se encuentra uno al salir de un sueño un poco prolongado; y, sin embargo, estamos hoy á 10 de Septiembre del año 2000, y habéis dormido justamente ciento trece años, tres meses y once días.

A estas palabras, que me dejaron deslumbrado, acepté de mi huésped una taza de una tisana cualquiera; inmediatamente después me senti entorpecido y volví á caer en un profundo sueño.

Quando me desperté, la luz del día inundaba la habitación que ha-

bía visto por la primera vez iluminada con luz artificial. Mi misterioso huésped estaba á mi cabecera; en el momento en que abrí los ojos no miraba hacia mi lado, y aproveché la ocasión para estudiar su fisonomía y para reflexionar sobre mi extraordinaria situación. Había desaparecido mi aturdimiento, y mi espíritu estaba perfectamente lúcido. La historia de aquel sueño de ciento trece años, que había aceptado al pronto, en mi estado de postración, sin resistencia, se me apareció ahora como una monstruosa impostura, cuyo motivo me era absolutamente imposible adivinar.

Ciertamente había pasado alguna cosa extraordinaria para que yo me despertase así en aquella casa extraña, con un compañero desconocido. Pero cuando trataba de encontrar el cómo, mi imaginación no hacía más que desbarbar. ¿Era víctima de algún complot? Todas las apariencias eran de ello, y, sin embargo, si alguna vez ha podido la fisonomía servir de indicio al carácter, ¿cómo admitir que aquel hombre venerable, con su expresión tan franca y tan distinguida,

fuese capaz de tener parte en un proyecto criminal? Me preguntaba en seguida si yo no era, por casualidad, objeto de alguna broma de mal género de parte de mis amigos, que habrían descubierto, no sé cómo, el secreto de mi cámara subterránea, y recurrido á todo aquel aparato para hacerme comprender de una vez los peligros del magnetismo. Esta hipótesis tropezaba con grandes dificultades. Sawyer no me habría hecho jamás traición; yo no conocía entre mis amigos ninguno capaz de semejante broma, y, sin embargo, esta explicación, por inverosímil que fuese, era la única admisible. En la vaga esperanza de sorprender algún rostro familiar y burlón que me espiaba detrás de una silla ó de una cortina, paseé mis miradas prudentemente alrededor mio; cuando se detuvieron sobre mi huésped, él también me miraba.

(Continuará.)

MADRID: 1901.—Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4.

MADRID
Tres meses, 3,50 ptas.—Ses id., 4,50.—Año, 8.
PROVINCIAS
— Semestre, 5 ptas.—Año, 9. —
Anuncios españoles: Ptas. 0,25 línea de 45 mjm

Madrid Cómico
OFICINAS: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10

UNION POSTAL
— Un año, 15 pesetas. —
VENTA
Número corriente, 0,15; atrasado, 0,25
Anuncios extranjs: Ptas. 0,35 línea de 45 mjm

GARGANTA Y TOSES SE CURAN CON LAS PASTILLAS PRIETO
NO CONTIENEN CALMANTES NOCIVOS
De venta en todas las farmacias.  Caja, una peseta.

BIBLIOTECA MODERNA
ILUSTRADA

Obras publicadas por esta Biblioteca á 50 céntimos volumen.

- I.—A. Palacio Valdés.—*Sedución.*
- II.—Jacinto Benavente.—*Noches de verano.*
- III.—Juan Valera.—*Asclepigenia.*
- IV.—Salvador Rueda.—*Picaras preciosas.*
- V.—Benito Pérez Galdós.—*La novela en el tranvía.*
- VI.—Jacinto O. Picón.—*Cuentos.*

Se remite á provincias, franco de portes, enviando los pedidos, acompañados de su importe, al administrador de MADRID CÓMICO. Si se quiere recibir certificado sumétese al pedido 25 céntimos.

USE USTED

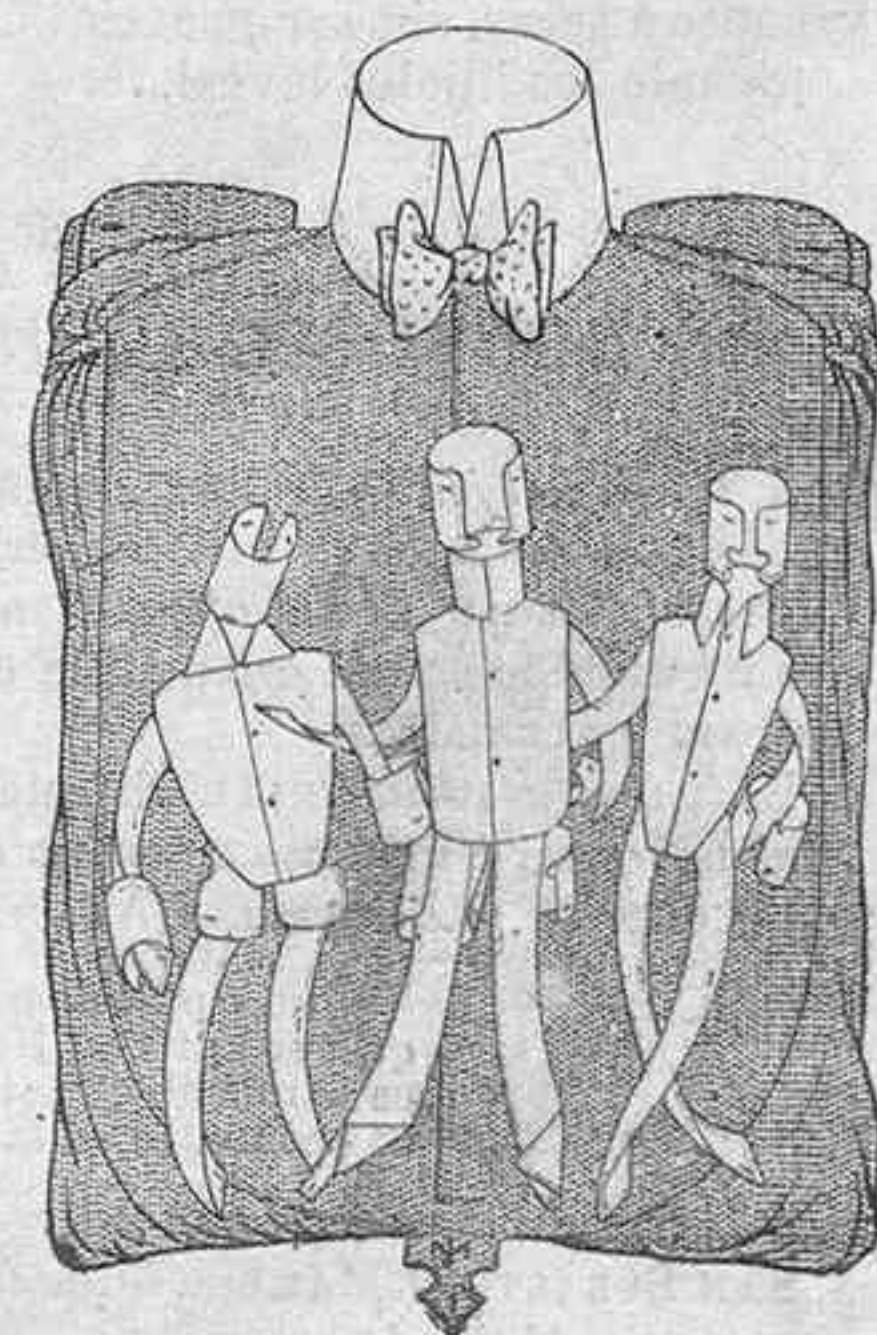


ECHEANDIA
2, Arenal, 2.

BERNABÉ MAYOR
3, ESPARTEROS, 3
MADRID
Almacén de material y aparatos para telefonía, telegrafía, campanillas, pilas, hilos cables, pararrayos, etcétera, etc.
Ferretería, metales, utensilios de cocina.
LUZ ELÉCTRICA
Catálogos ilustrados gratis.

TALLER DE FOTOGRAFADOS
DE
PABLO SANTAMARÍA
CLAVEL, 1. MADRID

SERVICIOS FÚNEBRES
La Soledad
DESENGANO - 10
TELÉFONO 205



CANTAR GITANO

Fragua, yunque y martillo rompen los metales; pero las camisas que hace MARTÍNEZ esas no las rompe nadie.

2, San Sebastián, 2

CORSÉS

Ultimos modelos de París y novedades para los corsés á medida, desde los más económicos á los de más alto precio.

REGÚLEZ

9, BORDADORES, 9

HOTEL DE VENTAS

Muebles y objetos enajenados por sus propios dueños.

Los hoteles de ventas oficialmente constituídos se hacen necesarios en todo país civilizado, á pesar de sus detractores é hipócritas imitadores, porque facilita la transacción noble entre el comprador y vendedor. A las familias que lo necesiten en el acto, el Hotel de venta les adelanta el 25 por 100 del precio en tasación convenida, y asegura venta de todo en el término de tres días.

Todo el público práctico de Madrid acude á diario á estos salones á comprar lo que necesita con ventajas siempre positivas.

VENTAS al contado con precios fijos, de 8 de la mañana á 8 de la noche.

ATOCHA, 34

HORAS DE OFICINA: de 9 á 12 y de 3 á 5.
TELÉFONO 860

MATÍAS LÓPEZ.—Chocolates, Cafés, Dulces.—Oficinas: Palma Alta, 8.—Depósito: Montera, 25.